

ITINERARIUM CORDIS

Relectura salesiana del acompañamiento vocacional hacia la madurez cristiana en el contexto actual don José Miguel Nunez

Hace ya muchos años, allá por 1973, el teólogo dominico Edward Schillebeeckx publicó la que se considera una de sus mejores obras y, en mi opinión, la mejor cristología del siglo XX, *Jesús. La historia de un viviente* (Schillebeeckx, 2010). En esta obra maestra, el teólogo hermeneuta se adentra por los vericuetos de la cristología en un intento meritorio de proponer un nuevo método y, consecuentemente una nueva visión, que ayudase a superar lo que él llamaba la *crisis cristológica actual* que hundía sus raíces en la ruptura con la Tradición desde la misma ilustración. Así, Schillebeeckx propuso un mayor acercamiento al Jesús histórico y a la experiencia originaria de aquellos que adhirieron a su persona y a su movimiento:

De la mano de la crítica y de la fe busco en el Jesús histórico posible signos que encaucen la búsqueda humana de la salvación, hacia una oferta cristiana de respuesta significativa sobre esta salvación que remite a una peculiar acción salvífica de Dios identificada por los cristianos en Jesús de Nazaret (Schillebeeckx, 2010, pág. 94).

Me remonto a la obra de Schillebeeckx porque en su propuesta encuentro elementos inspiradores para un replanteamiento del acompañamiento vocacional de jóvenes adultos hacia la madurez cristiana. Se trata de una búsqueda, la de la salvación, que los cristianos identificamos con Jesús de Nazaret, Dios encarnado, hecho historia. Ante la pregunta ¿quién es Jesús para nosotros hoy? El autor propone recorrer el mismo *itinerarium mentis* que hicieron los discípulos en su encuentro con el Maestro. Su finalidad, recuperar la experiencia original del cristianismo, de modo que podamos expresarla de nuevo para el hombre y la mujer de hoy y resulte significativa, hasta el punto de provocar un cambio radical en la persona que descubre y se encuentra con Jesús de Nazaret (conversión) y adhiere toda la su existencia al Dios de la vida que el mismo Jesús nos ha revelado (fe), orientando su proyecto vital hacia la entrega a los demás (donación).

Quizá se pueda entender ahora, algo mejor, el título de esta reflexión: *itinerarium cordis*. Porque es cuestión de fe. De la experiencia luminosa y creíble de la fe. Si damos por buena la interpretación etimológica del verbo creer, que en su origen latino encontramos como *credere*, a su vez la evolución de otras dos palabras latinas: *cor dare*, entonces, podremos admitir que creer significa, etimológicamente hablando, *dar el corazón*. Esto es, adherir la vida al Dios de la vida revelado como misericordia y ternura entrañables en Jesús el Cristo. De ahí nuestro *itinerarium cordis*. Acompañar vocacionalmente no es otra cosa que un itinerario del corazón que *encuentra* a Jesucristo resucitado y descubre en él la razón de su existir. Su respuesta no puede ser otra que la adhesión a Dios en el seguimiento de su Hijo, hasta dar la vida por amor.

Puede que aquello que llamaba Schillebeeckx en los años setenta del siglo pasado *crisis cristológica*, podamos llamarla hoy – *mutatis mutandis* – *crisis de fe* provocada también por la ruptura con la tradición evangélica que presentaba la experiencia cristiana como absolutamente contracultural, rompedora, comprometida y transformadora hasta el punto de que muchos seguidores de Jesús, a lo largo de nuestra

historia siguieron la misma suerte del Maestro en la entrega de la vida por amor. Quizá hoy debiéramos comenzar planteándonos por qué nuestra propuesta evangelizadora ha perdido fuerza y hemos *licuado*, en palabras del Papa Francisco a los jóvenes en Brasil, la experiencia de la fe.

Hemos escuchado estos días que no hay pastoral juvenil vocacional sin una adecuada transmisión de la fe, sin experiencias significativas que la vehiculen y sin testigos creíbles y apasionados que cualifiquen el anuncio. Francisco nos lo ha recordado en la exhortación apostólica tras el Sínodo 2018, poniendo el acento en el encuentro gozoso con el Resucitado:

La pastoral juvenil siempre debe incluir momentos que ayuden a renovar y profundizar la experiencia personal del amor de Dios y de Jesucristo vivo. Lo hará con diversos recursos: testimonios, canciones, momentos de adoración, espacios de reflexión espiritual con la Sagrada Escritura, e incluso con diversos estímulos a través de las redes sociales. Pero jamás debe sustituirse esta experiencia gozosa de encuentro con el Señor por una suerte de “adoctrinamiento” (ChV 214).

Considero que hablar hoy sobre acompañamiento pastoral y vocacional hacia la madurez cristiana conlleva replantearnos nuestras estrategias, de modo particular en los itinerarios que acompañan y ayudan a crecer la experiencia de la fe. Habrá que echar mano, una vez más, de la afortunada expresión de Benedicto XVI sobre los cristianos del siglo XXI a los que se refirió, en el contexto europeo, como a una *minoría creativa*. No todos los jóvenes que atendemos en nuestras obras y proyectos están inicialmente disponibles para acoger el anuncio, ni mucho menos para itinerarios de crecimiento en la fe. Aunque a todos los queremos anunciar “lo que nunca se debería callar” (ChV 111), la buena noticia de Jesucristo. Para ellos, tendremos que seguir pensando – como comunidad creyente – en una cierta *pedagogía del umbral* que acompañe un tramo del camino y sitúe a muchos de ellos en el umbral de la experiencia creyente. Pero tampoco renunciaremos a coger el paso de aquellos que están mejor dispuestos, aún sin saber muy bien las consecuencias de su opción por Jesús, para acompañar con sabiduría y creatividad la experiencia creyente, gozosa y plena. Como hemos afirmado en estas jornadas, el único camino para una pastoral juvenil vocacionalmente fecunda es el de la educación a la vida cristiana integralmente entendida, una vuelta al Evangelio, a la fascinación por Jesús y a la adhesión del corazón al Dios de la vida.

Desde la tradición carismática salesiana, nuestra praxis ha sido siempre – así nos lo enseñó Don Bosco – apuntar a lo alto. En el prólogo del *Giovane provveduto* en 1847, con la espiritualidad propia de su tiempo, escribía nuestro padre que la finalidad de su propuesta era enseñar “lo que debéis de practicar y lo que debéis evitar para vivir cristianamente”:

Os presento un método de vida breve y fácil, pero suficiente, para que podáis ser el consuelo de vuestros padre, buenos ciudadanos en la tierra y un día afortunados poseedores del cielo (Instituto Histórico Salesiano, 2015, pág. 559).

Hecha esta introducción que quiere situar el marco de nuestra reflexión, me propongo desarrollar ahora tres itinerarios que, en mi opinión, deberíamos acometer para una renovada pastoral juvenil y vocacional.

1. ITINERARIUM MENTIS: PERSPECTIVA TEOLÓGICO-PASTORAL

Para Schillebeeckx, hablar de *itinerarium mentis* era referirse a la experiencia vital de aquellos hombres y mujeres que se encontraron con Jesús y que junto a él y con él descubrieron caminos de plenitud para la propia vida. Descubrieron un tesoro en el campo y no dudaron en dejarlo todo por comprar el campo (cfr. Mt 13, 44); aprendieron un nuevo modo de vivir que los llevó por desfiladeros insospechados y no dudaron en entregar la vida como el Maestro; entendieron que, si alguien te pide caminar con él una milla, era mejor caminar dos (cfr. Mt 5, 41); aprendieron a dar sin recibir nada a cambio, a no juzgar (cfr. Mt 7, 1), a no dar rodeos ante el sufrimiento ajeno (cfr. Lc 10, 25-37) y a perdonar sin límites (cfr. Mt 18, 21-35); pero, sobre todo, experimentaron vitalmente el amor de Dios, revelado en Jesús como misericordia y ternura infinitas.

1.1. Educar en la fe

Por eso me parece acertada la expresión, a la hora de preguntarnos cómo transmitir hoy y hacer significativa la experiencia de la fe. Se trata, a mi modo de ver, de volver a recuperar la frescura de la llamada evangélica y de la experiencia creyente así como los primeros discípulos la vivieron y expresaron. No se trata de una decisión ética, ni de acoger un mensaje iluminador, sino de un encuentro transformador. Escribe Francisco en la *Evangelii Gaudium*, al inicio de su pontificado:

No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino **por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona**, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (EG 7).

Y así es. Hemos escuchado en estos días al profesor Cavagnari que lo que cualifica verdaderamente la pastoral juvenil es, precisamente, dar prioridad a la misma misión de la Iglesia que no es otra que evangelizar, esto es, anunciar a Jesucristo y propiciar el desarrollo de la vida cristiana en plenitud para la vida y la esperanza de las personas. Desde este punto de vista, la pastoral juvenil no puede no ser vocacional, porque

El objetivo (de nuestra pastoral juvenil) es acompañar a cada joven en la búsqueda concreta de su propia vocación, lugar de su respuesta al proyecto de amor gratuito e incondicional que Dios le tiene. La dimensión vocacional configura el objetivo primero y último de la Pastoral Juvenil Salesiana (La pastoral juvenil salesiana. Cuadro de referencia, 2014, pág. 152).

Ahora bien, no podemos olvidar que la evangelización, razón de ser y misión de la Iglesia de todos los tiempos, es

En su conjunto, una mediación del misterio de Dios. No se trata de una simple mediación de valores como, por ejemplo, la educación, aunque tenga ciertos procesos comunes. En la evangelización se propone un misterio trascendente, que se hace presente en la vida, muerte y resurrección de Jesús, y que se desvela por gracia en la acción del Espíritu. Por tanto evangelizar no es meramente el anuncio de un contenido doctrinal. La evangelización implica el misterio del Dios trinitario y el misterio humano, Iglesia y

personalización, palabra de Dios y lenguaje humano, adoración y compromiso, celebración y sacramento, oración y coherencia, persona y comunidad, novedad e historia, realismo y esperanza, experiencia y trascendencia, capacidad pedagógica y sentido de la oportunidad, escucha y comunicación, compasión y misericordia, sentido humano y salvación de Dios (Jiménez, 2018, pág. 494).

Hemos de tener en cuenta todos estos elementos para intentar propiciar **el encuentro del joven con Jesucristo, en la Iglesia y para el mundo**. Nuestras propuestas pastorales deberán ayudar a vivir experiencias que no solo deslumbren, fascinen o emocionen, sino que en un adecuado itinerario y bien acompañadas por la mediación eclesial se puedan introyectar en el propio proceso personal y transformar la vida. Cuando nuestras propuestas pastorales con jóvenes no tocan el corazón y cambian la vida de las personas corren el riesgo de quedarse en historias bonitas que recordar cuando pasa el tiempo, pero que pertenecieron a otro momento vital y, en nada o casi nada, influyeron en mis opciones y en mi modo de vivir.

Por eso creo que, cuando hablamos de acompañar vocacionalmente a la vida adulta, uno de los elementos que hemos de tener en cuenta es, precisamente, **el camino de deconstrucción**. Jesús lo llama conversión. Es una de las exigencias de su seguimiento y conlleva darle un vuelco a la propia vida tras poner patas arriba mi pacífica existencia.

Para los discípulos de Jesús, la experiencia de encuentro fue todo un descubrimiento que orientó decisivamente sus vidas. Pero después vino el camino. La respuesta entusiasta (llena de Dios) a la invitación de Jesús a seguirle necesitó pasar por estrechos desfiladeros que pusieron a prueba la capacidad de discipulado. No basta decir “Señor, Señor”. Muchos abandonaron. Y los que perseveraron tuvieron que hacer algunas experiencias particularmente significativas: dar un vuelco a la mente y al corazón asumiendo vitalmente las bienaventuranzas del Reino o las experiencias de la misericordia y del perdón.

Acompañando durante años a jóvenes universitarios me di cuenta muchas veces de que la experiencia de la fe necesita hacer su camino para elaborar una propia síntesis personal, una auténtica personalización: en el camino se entrelazan la experiencia humana, el esfuerzo racional por darle un sentido a la existencia y la iluminación de la fe. La experiencia humana es, precisamente, el lugar teológico donde crece y madura la experiencia de la fe.

Convencidos de esta realidad, tendríamos que preguntarnos cómo hacer para que el Evangelio ilumine la vida de las personas, cada pliegue, cada circunstancia, cada opción. Para los seguidores de Jesús, en el encuentro con el Maestro descubrieron una manera diferente de vivir que afectaba personalmente la historia de cada uno. Lecturas de la realidad, visiones del mundo, percepciones sobre las personas... todo quedó “afectado” por la Palabra de Jesús. En la situación de cada uno, diferente a la de los demás, andar por veredas nuevas le produjo una inmensa alegría. Tanto, que Jesús los invitó a vivir en plenitud y llamó felices a todos los que acogiendo la semilla de Reino cambiaran su modo de vivir para vivir según Dios. Les invitó a la conversión. Un vuelco del corazón, un cambio de mentalidad, una mirada más auténtica sobre las personas y manos más abiertas para compartir. Son procesos de “deconstrucción” personal para volver a edificar sobre la roca que es Cristo. Este es, en mi opinión, el camino hacia la madurez cristiana.

Me he preguntado muchas veces cómo hacer para “desmontar” esquemas en los que la propuesta evangélica se sitúa a contracorriente. He pensado en no pocas ocasiones que nuestra pastoral con jóvenes debería ser menos edulcorada y más audaz. Jesús propone un cambio de vida para encontrar la Vida en abundancia. La verdadera alegría está precisamente aquí, en recorrer los senderos de la Vida, andar por el único Camino que nos conduce a la Verdad que es el amor.

1.2. Creer en la Iglesia

En la reflexión teológico-pastoral sobre el acompañamiento vocacional hacia la madurez cristiana, es importante hacer una parada en la dimensión eclesial de la fe, absolutamente intrínseca a la misma experiencia creyente. No hay fe cristiana sin comunidad en la que celebrar, vivir, expresar y comprometer la fe. En efecto, la fraternidad, la casa, la familia, son elementos que han hecho de nuestra Iglesia un lugar de acogida, apertura, acompañamiento y crecimiento. El núcleo de la experiencia cristiana es la adhesión al Dios trinitario, Padre, Hijo y Espíritu que Jesús nos ha revelado. Esta experiencia de filiación se amplía hacia una fraternidad sin límites con todos los seres humanos, hijos e hijas de Dios. Pero de modo particular estos lazos de fraternidad los hacemos palpables en la experiencia eclesial, en una comunidad de seguidores de Jesucristo que, identificados con él, orientan su vida hacia el Padre con la fuerza del Espíritu. Y ahí, en ese espacio común, compartimos fatigas y esperanzas, celebramos la fe y caminamos comprometidos en la transformación de la realidad. Nacemos a la fe en la Iglesia y maduramos en ella:

Desde el seno de la comunidad eclesial, el joven debe ir viviendo la fidelidad a la Palabra de Dios, el reconocimiento de las mediaciones históricas, la actitud de conversión, la disponibilidad, la apertura a la realidad, la celebración litúrgica, la oración personal y comunitaria, el testimonio fiel (Jiménez, 2018, págs. 528-529).

Bien sabemos de la dificultad, en ocasiones, para la participación activa de los jóvenes en la vida de la comunidad cristiana. Como reconoce el Papa Francisco, “se hace necesario ahondar en la participación de estos en la pastoral de conjunto de la Iglesia” (ChV 202), evitando una formación exclusivamente doctrinal. El esfuerzo debe estar puesto en acompañar a los jóvenes en la comunidad asegurando que la propuesta formativa esté centrada en dos grandes ejes: “uno es la profundización del *kerygma*, la experiencia fundante del encuentro con Dios a través de Cristo muerto y resucitado. El otro es el crecimiento en el amor fraterno, en la vida comunitaria, en el servicio” (ChV 213). De modo que, en orden a nuestra reflexión, bien podríamos decir que

calquier plan de pastoral juvenil debe incorporar claramente medios y recursos variados para ayudar a los jóvenes a crecer en la fraternidad, a vivir como hermanos, a ayudarse mutuamente, a crear comunidad, a servir a los demás, a estar cerca de los pobres (ChV 215).

A veces, nuestra pastoral juvenil adolece de este sentido claramente eclesial de la vocación cristiana. Son estos elementos señalados por Francisco (fraternidad, sentido de pertenencia, celebración de la fe, servicio a los demás, cercanía a los pobres) los que hemos de cuidar para que sea la misma comunidad cristiana la que acompañe el

crecimiento de los jóvenes que caminan “*hacia la estatura de la plenitud de Cristo*” (Ef 4, 13) y han de ser alentados, sostenidos y orientados por adultos en la fe.

1.3. *Del valor a la virtud*

La virtud, como ya decía Aristóteles, es un hábito, una cualidad que depende de nuestra voluntad. Cuando la actitud se ejercita en la voluntad a la búsqueda del bien, el valor puede convertirse en virtud. Hablar de virtud es hablar de una actitud firme, de una disposición estable de la persona en la que entran el juego el entendimiento y la voluntad. El ser humano virtuoso es aquel que opta por el bien y se empeña con todas sus fuerzas en su consecución haciendo de una actitud un hábito (Núñez, *Del optimismo a la esperanza o lo que va del valor a la virtud*, 2012).

Sin esfuerzo no hay virtud ni puede haber hábitos operativos que ayuden a crecer personalidades robustas y con capacidad de afrontar positivamente las dificultades de la vida cotidiana. Los hábitos son sostenidos por el esfuerzo, y es el único camino para que un valor pueda llegar a convertirse en una “virtud”, esto es, en un comportamiento ético que orienta decididamente a la persona hacia el bien.

Quizá, más que en otro tiempo, la virtud de la fortaleza tiene una particular importancia. Tiene que ver con la voluntad, la firmeza de ánimo, la constancia, el esfuerzo, “es una ‘virtud general’, condición necesaria de toda virtud” (Jiménez, 2018, pág. 558). En tiempos de vulnerabilidad, inconstancia, fragilidad psicológica, búsqueda de lo inmediato y de lo satisfactorio, pérdida de horizontes, acceso a lo fácil y olvido de la cultura del esfuerzo... es necesario proponer y acompañar caminos que ayuden a crecer, no solo en la orientación hacia un valor atractivo, sino en el hábito virtuoso que requiere esfuerzo, capacidad de superación, resistencia a la frustración y firmeza de ánimo. La vida espiritual, tiene mucho de esfuerzo:

Podemos decir que la fortaleza es imprescindible en todo el entramado de la vida espiritual: no hay decisión o compromiso, virtud o actitud, que sean posible sin coraje, sin firmeza, sin renuncia, en una palabra, sin fortaleza (Jiménez, 2018, pág. 559).

Educar en la fe, la esperanza y el amor como virtudes que son, es ayudar a descubrir el don de Dios en la vida de las personas. La experiencia de la “vida teologal” es apertura al misterio de Dios que se nos ha revelado en Jesucristo. Es la experiencia del “encuentro” que se inicia en el bautismo y que requiere de un camino esforzado, comprometido, entendido como respuesta al don, hacia la madurez creyente.

Nuestros itinerarios de educación en la fe para jóvenes ¿permiten experimentar el don del Espíritu y abren a la experiencia de la paternidad de Dios? ¿acompañamos a los jóvenes en la experiencia vital de la bondad y de la misericordia de Dios? ¿Proponemos experiencias espirituales (del Espíritu) para ayudar a descubrir la presencia de Dios que alienta y sostiene en el entramado de la existencia? ¿Educamos en la virtud? Son “preguntas clave” porque nos permiten percibir la extraordinaria importancia de acompañar la experiencia creyente mucho más allá del consumo de vivencias que motivan emocionalmente comportamientos efímeros o actitudes que necesitarían ser

afianzadas con los filtros del entendimiento y de la voluntad para ser asumidas existencialmente.

Porque de lo que se trata, finalmente, no es de vivir estados de euforia ante vivencias más o menos significativas sino de generar actitudes conscientes que configuren experiencias fundantes y orientan decisivamente la vida. La de la fe es una de ellas: conduce al creyente hacia una actitud de abandono en la misericordia de Dios; madura una afectividad centrada en Él como valor supremo; provoca la respuesta de adhesión a su voluntad y un compromiso ineludible por vivir para los demás.

Las experiencias de la bondad y de la misericordia de Dios fundamentan la fe, sostienen la esperanza y avivan el amor. Solo esta apertura al don hace de ellas una virtud teologal porque anclada solo en Él, no obstante la fragilidad de las personas, la complejidad de la realidad o la oscuridad del dolor en la que a veces se ve envuelta la existencia.

Teniendo en cuenta estos elementos, educar a los jóvenes en la vida teologal es acompañarlos en la experiencia creyente para poder experimentar que Dios es el fundamento de la propia vida. La esperanza se sustenta en la experiencia de la fe y se expresa en compromiso del amor. Al mismo tiempo, la esperanza da a la fe el aliento necesario para perseverar en la adhesión a Dios. El amor aprende de la esperanza a vivir en la tensión de la paciencia y la fortaleza. La pastoral con jóvenes que acompaña hacia la madurez adulta, debería saber también proponer procesos así: itinerarios que transiten los senderos que van del valor a la virtud, que abran al don de Dios y estimulen el camino de todo aquel que anhela mayor plenitud en la propia vida.

2. ITINERARIUM IN SANCTITATEM: PERSPECTIVA SALESIANA

En sintonía con toda la reflexión que venimos haciendo, la perspectiva carismática salesiana nos ofrece la oportunidad de subrayar algunos elementos que pueden constituir un gran bagaje y una enorme riqueza en el acompañamiento vocacional de jóvenes hacia la madurez cristiana.

2.1. Itinerarios y testigos

Uno de los elementos que venimos acentuando es la necesidad de cuidar itinerarios de crecimiento en la fe bien elaborados y acompañados con los elementos que hemos ido poniendo de relieve: experiencias fundantes, profundización kerigmática, fraternidad y vivencia eclesial, oración, compromiso y coherencia, cercanía a los pobres.

Don Bosco nos enseña, en las categorías de su tiempo y en el contexto en que vive, que la prioridad de su acción pastoral es ganar almas para el cielo. Si bien, no se desentiende de las urgentes necesidades materiales de los jóvenes que la Providencia le pone por delante (casa, comida, vestido, trabajo, necesidades afectivas...); más bien al contrario, se esforzará al máximo para devolver dignidad a aquellos muchachos y

puedan ser dueños de su vida y de su futuro. Pero, para nuestro padre, la felicidad en la tierra no era posible sin tener el alma en paz con Dios:

Sí, amigo mío, yo te quiero con toda el alma, y mi amor por ti tiende a hacer lo que pueda para lograr que prograses en los estudios y en la piedad y guiarte por el camino del cielo. Recuerda los muchos avisos que te he dado en diversas circunstancias; mantente alegre; pero que tu alegría sea verdadera como es la de una conciencia limpia de pecado (Carta a Stefano Rossetti, San Ignacio - Lanzo, 25 de julio de 1860) (Instituto Histórico Salesiano, 2015, pág. 614).

Como buen acompañante, Don Bosco propone a través del seguimiento epistolar, acciones concretas que ayuden al chico a encontrar caminos de crecimiento interior. Su actitud es discreta pero proactiva; no deja pasar la oportunidad de señalar caminos a recorrer para la maduración cristiana y la respuesta vocacional. Todos tienen un denominador común: la pasión por Dios y la vida virtuosa:

Procura hacerte muy rico, pero rico en virtudes, pues la riqueza más grande es el santo temor de Dios (Carta a Stefano Rossetti, San Ignacio-Lanzo, 25 de julio de 1860) (Instituto Histórico Salesiano, 2015, pág. 614).

¡Ánimo, por tanto, hijo mío! Mantente firme en la fe, crece cada día en el santo temor de Dios; guárdate de los malos compañeros como de serpientes venenosas, frecuente los sacramentos de la confesión y comunión; sé devoto de María Santísima y serás ciertamente feliz (Carta a Severino Rostagno, Turín, 5 de septiembre de 1860) (Instituto Histórico Salesiano, 2015, pág. 615).

Antes de partir, querido Emanuele, escucha dos palabras de un amigo de tu alma. Cuando llegues al colegio escogido por la prudencia de tus padres, procura poner en práctica estos consejos: 1. Ten confianza con tus superiores. 2. Esfuérzate en poner en práctica los consejos de tu confesor. 3. Huye del ocio y de los compañeros a los que tal vez oigas hablar mal. 4. Pide todos los días a la Santísima Virgen que te permita cualquier mal, pero nunca jamás caer en el pecado grave (Carta a Emanuele Fassati, Desde su casa de campo de Montemagno, 1 de octubre de 1863) (Instituto Histórico Salesiano, 2015, pág. 619).

Don Bosco se presenta como un “amigo de tu alma” y, con afecto, propone caminos hacia la vida virtuosa. El santo apunta alto, señala horizontes anchos, procura coger el paso de cada quien, sin olvidar a ninguno en la situación en la que se encuentre:

¿Pensáis acaso que escribo esto para reñiros? No; los escribo solo para avisaros y, de este modo, los buenos se animen a perseverar; los tibios procuren encenderse y calentarse de amor de Dios y que quien tenga necesidad se levante del estado en que se encuentra (...) Os diré entre otras cosas qué quiere el Señor Dios de vosotros a lo largo de este año para que merezcáis sus bendiciones: 1. Fuga del ocio y, por tanto, suma diligencia en el cumplimiento de los propios deberes escolares y religiosos. El ocio es padre de todos los vicios. 2. La frecuente comunión. ¡Qué gran verdad os estoy diciendo en este momento! La comunión frecuente es la gran columna que mantiene en pie el mundo moral y material para que no se convierta en ruina. 3. La devoción y recurso frecuente a María Santísima. Nunca se ha oído en el mundo que alguien haya acudido con confianza a esta Madre celestial, sin que haya sido escuchado prontamente (Carta a los alumnos de Mirabello, Turín, 30 de diciembre de 1863) (Instituto Histórico Salesiano, 2015, pág. 619).

Son solo algunos botones de muestra, pero nos indican la preocupación de Don Bosco por la salvación eterna de sus jóvenes, a través de una vida virtuosa ya en la tierra. Los

elementos centrales de su propuesta: la alegría del alma que solo puede provenir de una vida en Dios. Los medios para conseguirlo: la fuga del ocio, la obediencia a los padres (superiores), el cumplimiento del deber, el cumplimiento de los deberes religiosos, el gusto por las cosas de Dios. Todo ello contribuye a la maduración cristiana y al discernimiento vocacional:

Con el mismo fin, aquel año (1848) realicé la experiencia de un breve curso de ejercicios espirituales. Reuní a unos cincuenta en la casa del Oratorio (...) Los ejercicios comenzaron el domingo por la tarde y finalizaron el sábado por la tarde. Resultaron muy bien. Muchos de los ejercitantes, con los que había trabajado largo tiempo inútilmente, se entregaron de lleno a una vida virtuosa. Varios se hicieron religiosos; otros permanecieron seglares, pero llegaron a ser modelos de asiduidad a los Oratorios (Memorias del Oratorio) (Instituto Histórico Salesiano, 2015, págs. 1156-1157).

Pienso que, desde el punto de vista carismático, Don Bosco nos enseña a ser audaces en nuestra propuesta de vida cristiana a los jóvenes que acompañamos. Es verdad que los contextos son bien diferentes, pero encontramos elementos inspiradores en la acción educativa y evangelizadora de nuestro padre que pueden seguir siendo hoy una brújula con la que seguir acompañando el camino de fe y discernimiento de los chicos y chicas de nuestros ambientes pastorales. Destaco algunos de ellos que me parecen particularmente significativos:

- No renunciar a la propuesta de radicalidad evangélica que implica el seguimiento de Jesús y la exigencia de conversión personal. En nuestros itinerarios y en el acompañamiento que realizamos, apuntar hacia experiencias muy pegadas a la realidad cotidiana, que cambien la vida y comprometan la existencia.
- No tener miedo a propuestas audaces que, bien acompañadas, puedan ayudar al crecimiento interior y a la entrega generosa.
- Cuidar la vida interior de los jóvenes a través de un cultivo asiduo de la oración, la escucha de la Palabra, la celebración de la Eucaristía y la experiencia de la Reconciliación.

2.2. *La casa y la fraternidad*

Uno de los elementos clave para la renovación de la pastoral juvenil y vocacional que se nos ha señalado en estos días, ha sido el punto de partida del Documento final del Sínodo de 2018 en el que se subraya que la Iglesia está llamada a ser “casa que acoge”: “un clima de familia hecho de confianza y confianza (...) con gestos concretos y proféticos de acogida gozosa y cotidiana” (DF 138). Así, la exhortación apostólica *Chistus vivit nos* habla de un ambiente familia en el que

La comunidad tiene un rol muy importante en el acompañamiento de los jóvenes, y es la comunidad entera la que debe sentirse responsable de acogerlos, motivarlos, alentarlos y estimularlos. Esto implica que se mire a los jóvenes con comprensión, valoración y afecto (ChV 243).

Carismáticamente hablando, como bien sabemos, esta sensibilidad está en el corazón de la experiencia salesiana. La casa y el espíritu de familia han constituido algunos de los elementos esenciales de la experiencia de Valdocco y se condensan en un estilo educativo bien concreto, hecho de presencia y familiaridad. En la *Chistus vivit* se habla de comprender, valorar y expresar afecto a los jóvenes, para acogerlos, motivarlos, alentarlos o estimularlos. Este lenguaje nos resulta bien conocido y lo sentimos muy cerca de nuestro estilo educativo:

Familiaridad con los jóvenes, especialmente en los recreos. Sin familiaridad no se demuestra el amor y, sin esta demostración, no puede haber confianza. El que quiera ser amado hace falta que haga ver que ama (...) El que sabe que es amado, ama; y el que es amado, obtiene todo, todo especialmente de los jóvenes. Esta confianza introduce una corriente eléctrica entre los jóvenes y los superiores. Los corazones se abren y hacen conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos (Carta de Roma, Roma, 10 de mayo de 1884) (Instituto Histórico Salesiano, 2015, pág. 405).

En el opúsculo sobre el sistema preventivo de 1877, se señalan cuáles son los elementos educativos positivos que deben superar a las medidas disciplinares y potenciar un clima favorecedor para el crecimiento y la maduración de los jóvenes. Las ideas y orientaciones que Don Bosco expresa en estas páginas reflejan el clima cultural y pedagógico de su tiempo y constituyen una propuesta característica y original que se inserta claramente dentro de la tradición católica:

Se habla de “padres amorosos”, “presentes” siempre en la vida de los alumnos, que hablan, guían, aconsejan, y “amablemente corrigen”. Se señala la misa cotidiana, los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía como las “columnas” sobre las que se apoya todo el edificio educativo. Y se consideran como las bases de contenido y método “la razón, la religión y el amor” (Braido, 2001, pág. 9).

Es decir, nuestra manera de educar, así como lo hemos aprendido de Don Bosco, pone en primer plano el ambiente de confianza de una casa salesiana en la que la bondad y el afecto tienen la preeminencia. Necesitamos recuperar la presencia del educador en medio de los jóvenes, la distancia corta, el afecto sincero, la intervención oportuna y discreta para poder pronunciar una palabra en el momento justo que genere confianza y abra los corazones. Los documentos congregacionales que orientan nuestra pastoral juvenil señalan en esta dirección:

La comunidad es pastoral porque se abre a la evangelización, camina con los jóvenes al encuentro de Cristo y realiza una experiencia de Iglesia, donde con los jóvenes se experimenten los valores de la comunión humana y cristiana con Dios y con los demás (La pastoral juvenil salesiana. Cuadro de referencia, 2014, pág. 110).

Este es nuestro estilo, nuestra manera de educar: una comunidad que pone en el centro a los jóvenes y genera ambientes positivos en los que la amistad y la confianza permiten una intervención educativa que toda la vida y la transforma. La familiaridad, la acogida, el encuentro, la simpatía, la bondad, el afecto... son las teselas de un colorido mosaico que llamamos espíritu de familia y que posibilita el crecimiento personal y el discernimiento vocacional. Para Don Chávez, hay dos elementos que pueden ayudar al desarrollo de una *cultura vocacional* en nuestras casas salesianas: hacer de la

comunidad educativo-pastoral un ambiente de familia con testigos vocacionales significativos y – en segundo lugar -, asegurar la orientación y el acompañamiento de los jóvenes. Con respecto al primer elemento, Don Pascual escribe:

En el ambiente de familia típicamente salesiano, el joven se siente acogido y apreciado gratuitamente; experimenta relaciones de confianza con adultos apreciables; se siente implicado en la vida de grupo; desarrolla protagonismo y responsabilidad; aprende a construir la comunidad educativa y a sentirse corresponsable del bien común; encuentra momentos de reflexión, de diálogo y de sereno contraste. Este es el mejor ambiente para el desarrollo de una cultura vocacional (Chávez, 2011).

2.3. *La espiritualidad de lo cotidiano y el anhelo de santidad*

La espiritualidad que Don Bosco propone a sus chicos es sencilla y popular, bien pegada a la realidad cotidiana, y no por ello deja de ser profunda y comprometida al mismo tiempo. La espiritualidad de lo cotidiano subraya elementos de la vida ordinaria vividos extraordinariamente bien, sin necesidad de recurrir a penitencias extraordinarias o elementos extraños que te alejen de la vida. Por el contrario, el cumplimiento del deber, la obediencia a los superiores, las prácticas de piedad ordinarias, la ayuda a los compañeros, la vigilancia ante las tentaciones, el alejamiento de las malas compañías... son una propuesta habitual en el acompañamiento del santo a los adolescentes y jóvenes del Oratorio. El ambiente positivo de Valdocco, la presencia de educadores significativos, el tono de piedad que Don Bosco imprimía a la casa, la personalización del camino recorrido a través de las palabras al oído, las buenas noches, la confesión, la correspondencia epistolar... todo esto contribuyó a que para muchos de los chicos de la casa, la propuesta educativa y pastoral se convirtiera en un verdadero camino de maduración personal y vocacional:

Es un proceso de maduración gracias al cual no solo se resuelve el problema y se encuentra el equilibrio interior, sino que se consolida la identidad personal, se interiorizan valores, significados y modos de actuar y se realiza una entrega a Dios más profunda y radical. Todo esto permite una conciencia mejor de sí, un replanteamiento en vivir lo cotidiano y las relaciones humanas y un incremento en la capacidad de amor de entrega, del que brota un impulso activo, alegría de vivir, fervor espiritual y docilidad a la acción de la gracia (Giraudo, 2012, pág. 37).

En este ambiente de piedad que quiso siempre para sus casas, el ideal de la santidad era siempre un acicate para aspirar a una vida más plena y feliz. Si él sí, ¿por qué yo no? Así escribía Don Bosco en la introducción a la biografía de Domingo Savio:

Alguno de vosotros preguntará por qué he escrito la vida de Domingo Savio y no la de otros jóvenes que vivieron entre nosotros con fama de luminosa virtud. Es verdad, queridos míos, la Providencia se dignó enviarnos muchos modelos de virtud; así fueron Gabriel Fascio, Luis Rua, Camilo Gavio, Juan Massaglia y otros; pero las acciones de éstos no fueron tan conocidas ni tan excelentes como las de Savio, cuyo tenor de vida fue notoriamente maravilloso. Pero además, si Dios me da salud y gracia, tengo en el ánimo recoger las acciones de esos virtuosos compañeros vuestros, para poder satisfacer vuestros deseos y los míos dándooslos a leer e imitar en lo que es compatible con vuestro estado (Vida del jovencito Savio Domenico, alumno del Oratorio de San Francisco de Sales, Turín, 1878) (Instituto Histórico Salesiano, 2015, pág. 930).

En la actualidad, traducir esta propuesta implica necesariamente un caldo de cultivo que permita que la semilla caiga en el terreno adecuado sin que se disperse o se seque. Toda la comunidad se ve implicada en una tarea animadora que pueda generar esto que hemos llamado una *cultura vocacional*. El Capítulo General 26 lo expresó de esta manera:

(...) Sentimos con más fuerza que nunca el reto de crear una **cultura vocacional en cada ambiente**, de modo que los jóvenes descubran la vida como llamada y que toda la pastoral salesiana sea normalmente vocacional (...) Para favorecer una opción vocacional de compromiso apostólico, a esos jóvenes se les deberá proponer **una vida espiritual más intensa y un acompañamiento personal sistemático**. Este es el terreno en el que florecerán familias capaces de un auténtico testimonio, laicos comprometidos en todos los niveles de la Iglesia y de la sociedad así como para la vida consagrada y para el ministerio (CG 26. Da mihi animas, caetera tolle, 2008, pág. 58).

3. ITINERARIUM AD PRAXIM: DESAFÍOS Y PROPUESTAS

Después de todo este recorrido, llegamos a la última parte de nuestra reflexión intentando recapitular algunas conclusiones en forma de desafíos y propuestas para nuestra pastoral juvenil. El objetivo de este seminario es profundizar en los caminos de acompañamiento de los jóvenes hacia la madurez cristiana y la opción vocacional. Pues bien, en orden a todo lo escuchado y compartido estos días, propongo tres grandes polos de acción a los que seguir prestando atención para una praxis renovada.

3.1. *Una comunidad cristiana que acoge, acompaña y orienta*

Venimos hablando mucho de la necesidad de comunidades cristianas significativas capaces de transmitir y acompañar el crecimiento de la fe en las nuevas generaciones. Realmente, es urgente el fortalecer la experiencia creyente de nuestras comunidades para poder, de forma más incisiva, madurar vocaciones creyentes y apostólicas en el seno de la Iglesia y para el mundo. En nuestra experiencia carismática, la comunidad educativo-pastoral de una presencia salesiana es el sujeto activo de la misión salesiana y, por ende, la comunidad cristiana de referencia en la zona.

Para la pastoral juvenil salesiana, la CEP es una verdadera comunidad cristiana en la que hace crecer y madurar la fe. Está integrada por personas a las que se les pide un maduro sentido de pertenencia y una renovación de la mente y del corazón (Núñez, Acompañamiento y discernimiento vocacional en el Proyecto Educativo-Pastoral Salesiano, 2022, pág. 30).

Es aquí, en la fortaleza de nuestras comunidades educativo-pastorales, donde nos jugamos hoy el ser o no ser de nuestra acción pastoral. En la medida en que la comunidad educativo-pastoral camina hacia una palpable identidad creyente y la refuerza en torno a un proyecto compartido, se configurará con mayor claridad como

una presencia de Iglesia que “camina con los jóvenes al encuentro de Cristo” (La pastoral juvenil salesiana. Cuadro de referencia, 2014, pág. 110). De ahí,

La necesidad de fortalecer una comunidad cada vez más identificada con el Evangelio y permeada del el estilo salesiano en su manera de obrar. Solo así, la CEP llegará a ser lo que está llamada a ser: una presencia que “enriquece la Iglesia local con el don de la espiritualidad juvenil salesiana, del sistema educativo de Don Bosco, de la vitalidad de la familia salesiana y del movimiento juvenil salesiano” (La pastoral juvenil salesiana. Cuadro de referencia, 2014, pág. 112) (Núñez, Acompañamiento y discernimiento vocacional en el Proyecto Educativo-Pastoral Salesiano, 2022, págs. 30-31).

Hemos trabajado mucho y bien en el acompañamiento de las comunidades educativo-pastorales de nuestras obras en estos años. Sin duda, la propuesta formativa de los agentes ha crecido y mejorado en riqueza, sistematicidad y calidad. Pero también constatamos que todavía estamos lejos de lo que sería deseable y que, aunque lo percibimos como un camino positivo en estos años, todavía dificulta y ralentiza nuestra acción pastoral. Algunas estrategias clave para seguir creciendo en esta realidad serán:

- Seguir trabajando en la identidad creyente y carismática de nuestros educadores a través de la formación, el acompañamiento y el compromiso vital con la acción pastoral del proyecto de la presencia.
- Fortalecer el núcleo animador de la presencia salesiana (la comunidad de consagrados forma parte de este núcleo), potenciando a las personas que comparten esta servicio, acompañándolas en la corresponsabilidad carismática y dinamizando junto a ellas el proyecto educativo-pastoral al servicio de la acción evangelizadora.
- Cuidar a las personas, acompañándolas en este servicio y facilitando caminos de formación en la experiencia creyente y en el liderazgo.
- Capacitar a los agentes educativo-pastorales para el servicio de acompañamiento y discernimiento creyente y vocacional.

3.2. 3.2. La calidad de nuestro itinerario

No es un elemento novedoso, pero si necesario y acuciante. Sobre todo en lo que a la calidad de la propuesta se refiere. No basta tener *grupos de fe*, es necesario que el itinerario de crecimiento en la fe que proponemos logre tocar la fibra creyente de los jóvenes que caminan en él.

Como hemos reflexionado a lo largo de estas páginas, hemos de recuperar la profundización del *kerygma*, *la experiencia fundante de Dios en Cristo muerto y resucitado*, *así como la experiencia comunitaria en el amor fraterno y en el servicio* (cfr. ChV 213). Todos nuestros mejores esfuerzos deberían ir encauzados en propiciar experiencia que faciliten el crecimiento en la fe en torno a estos grandes ejes. Cualquier itinerario deberá contemplar con cuidado estas dimensiones fundamentales de la experiencia creyente.

Hemos hecho una importante opción por el itinerario de educación en la fe (IEF) en nuestra pastoral juvenil en España, Para nosotros, el itinerario es

Un proceso educativo global, según la lógica de la Iniciación Cristiana que, teniendo en cuenta la realidad del ser humano en su integridad, guía y acompaña al adolescente y al joven en el camino hacia la madurez cristiana en el mundo de hoy (Itinerario de educación en la fe, 2019, pág. 57).

Con el itinerario pretendemos alcanzar un perfil de cristiano en el contexto sociocultural y eclesial que nos ha tocado vivir. El desafío es enorme y requerirá, como ya hemos subrayado, de **una comunidad educativo-pastoral profundamente creyente**, marcadamente eclesial y audazmente creativa. Solo en este contexto podrán madurar vocaciones cristianas, apostólicas o de especial consagración:

En definitiva, hablamos de un joven que cree en Dios como amor y misericordia, fundamento y sentido de su vida, y que pone todas las dimensiones de su ser persona como cauce de expresión de la experiencia religiosa; que acoge, lee, interpreta y vive la realidad desde Jesucristo y su Evangelio, que, guiado y sostenido por el Espíritu, vive y celebra su fe en la Iglesia, en una comunidad concreta, de la que se siente miembro responsable; un joven que se compromete en la transformación de la realidad, según los valores del Evangelio, en un discernimiento constante de la voluntad de Dios (Itinerario de educación en la fe, 2019, pág. 57).

Estamos convencidos de la necesidad de que la propuesta vocacional se inserte en el itinerario de educación en la fe en todos nuestros ambientes pastorales. El PEPS debe asegurar que este elemento vertebrador de nuestra propuesta pueda implementarse y consolidarse como un camino de crecimiento en la fe de calidad y bien acompañado. Este itinerario supone:

Un discernimiento vocacional ofrecido a todos los jóvenes, según la edad y las diversas situaciones, que ayude a cada joven a descubrir el don de Dios, las propias riquezas y a hacer fructificar los dones recibidos empleándolos en una respuesta generosa a esta llamada (La pastoral juvenil salesiana. Cuadro de referencia, 2014, págs. 152-153).

Aunque este es el camino que venimos recorriendo, considero importante seguir cuidando algunos elementos esenciales sin ambages:

- Elaborar y proponer experiencias de búsqueda y encuentro con la persona de Jesucristo, vivo y operante en medio de nosotros.
- Proponer caminos de deconstrucción (conversión) a la luz del Evangelio que exigen un cambio en el modo de vivir.
- Facilitar experiencias vivas y significativas de la celebración comunitaria de la fe, especialmente de la Eucaristía y de la Reconciliación.
- Proponer experiencias de voluntariado en las que progresivamente se descubra la dimensión de la donación como proyecto de vida.
- Proponer experiencias de acompañamiento y discernimiento reales, procesuales y bien cuidadas, a través de testigos cualificados y disponibles.
- Invertir siempre y cada vez con mayor calidad en la formación de los agentes de pastoral (animadores, educadores, profesores, catequistas...).

3.3. El acompañamiento y el discernimiento

En estos procesos, **sabemos de la necesidad ineludible del acompañamiento personal** que hace posible la asimilación de los valores del evangelio, la unificación del joven mediante la experiencia de la fe en Dios Padre, revelado en Jesús el Señor por la fuerza del Espíritu. Busca integrar su personalidad desde el seguimiento de Jesús, haciendo de la fe el núcleo de su interioridad. Se trata de que el joven acompañado sepa leer su propia vida como historia de salvación y aprenda a responder a la palabra de Dios que resuena en su corazón. ¿Estamos disponibles para ese acompañamiento? ¿Nos sentimos preparados? (Cf. Seminario de animación vocacional, Madrid 2009).

Este proceso (hacia una visión vocacional de la vida) requiere la presencia y la cercanía de educadores entre los jóvenes, sobre todo en los momentos más espontáneos y gratuitos; el conocimiento y el interés por su vida; la capacidad de relaciones personales, aunque sean ocasionales y espontáneos; momentos de diálogo y de reflexión en grupo que ayuden a leer la vida con óptica positiva y vocacional; espacios y tiempos para encuentros más sistemáticos de acompañamiento personal (Chávez, 2011, pág. 25).

Para nuestro Rector Mayor, es prioritario y urgente estar entre los jóvenes y recuperar el sacramento de la presencia:

Cuando, como salesianos de Don Bosco, coadjutores o sacerdotes, personalmente o como comunidad, vivimos opciones que tienen el punto de partida en una vida que pone en el centro a Jesucristo, experimentamos una dinámica interior profunda, que viene del Espíritu Santo y que nos produce una sólida felicidad, llevándonos a ser verdaderos apóstoles de los jóvenes. Amigos, hermanos, padres y educadores que, imitando la paternidad de Don Bosco, son la mejor 'buena noticia' que puede llegarles de parte de Dios a través de un rostro humano (Fernández Artime, 2020)

Poner en el centro a Jesucristo es la dinámica del creyente y configura el proyecto de vida del seguidor del Maestro. Este es el itinerario que debemos recorrer con los jóvenes: re-descubrir a Jesucristo y su oferta de salvación para mi vida y la vida del mundo; reconocerlo como Hijo de Dios vivo, salvador; experimentar la fascinación de su mirada y la seducción de su palabra que me interpela y me impulsa a salir de mí mismo cambiando mi forma de vivir y que me compromete hasta una entrega sin condiciones. Es un camino, un auténtico *itinerarium cordis* que hemos de saber recorrer junto a ellos. Sin esta dinámica de conversión, seguimiento y donación, no hay vida cristiana en plenitud ni opción vocacional posible. Este camino dura toda la vida y pone de manifiesto, en nuestras sociedades complejas, lo significativo de estas *minorías creativas* con capacidad para una real incidencia transformadora del mundo que habitamos en las que el Evangelio es siempre contracultural.

La vida virtuosa necesita de entrenamiento. El camino de crecimiento personal, espiritual y creyente, hacia la estatura de Jesucristo (cfr. Ef 4, 13), necesita de maestros que sepan orientar el camino y ayuden (sin recetas mágicas) al discernimiento con vistas a la elección. El ambiente no basta. La reunión de grupo no es suficiente. Ni siquiera las experiencias significativas, si no son introyectadas, serán decisivas. La cercanía del adulto, creyente y maestro, que coge el paso y acompaña con discreción, prudencia,

madurez y audacia se perciben cada vez más como elementos imprescindibles en la transmisión y maduración de la fe hacia la edad adulta. Se trata de un auténtico “manufacturado”, una obra artesanal que requiere de docilidad y apertura por parte del joven y de un gran equilibrio personal y una gran maestría por parte del acompañante.

Este es nuestro empeño. Lo demás, es cosa de Dios.

4. Trabajos citados

Braido, P. (2001). *Prevenir, no reprimir. El sistema educativo de Don Bosco*. Madrid: CCS.

Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil. (2019). *Itinerario de educación en la fe*. Madrid: CCS.

Chávez, P. (2011). Venid y veréis (Jn 1, 39). La necesidad de convocar. *ACG*, 25.

Dicasterio para la pastoral juvenil. (2014). *La pastoral juvenil salesiana. Cuadro de referencia*. Roma: Direzione Generale Opere Don Bosco.

Francisco, P. (2013). *Evangelii gaudium*. Madrid: PPC.

Giraud, A. (2012). *Vidas de jóvenes. Las biografías de Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besuccho*. Madrid: CCS.

Instituto Histórico Salesiano. (2015). *Fuentes Salesianas. Don Bosco y su obra*. Madrid: CCS.

Instituto Histórico Salesiano. (2015). *Fuentes Salesianas. Don Bosco y su obra*. Madrid: CCS.

Jiménez, A. (2018). *La fe en tiempos de incertidumbre*. Madrid: San Pablo.

Núñez, J. M. (2012). Del optimismo a la esperanza o lo que va del valor a la virtud. *Misión Joven*, 5-15.

Núñez, J. M. (2022). Acompañamiento y discernimiento vocacional en el Proyecto Educativo-Pastoral Salesiano. En CNSPJ, *Acompañamiento y discernimiento vocacional en la pastoral juvenil salesiana* (págs. 29-39). Madrid: CCS.

Schillebeeckx, E. (2010). *Jesús. La historia de un viviente*. Madrid: Trotta.

Sociedad de San Francisco de Sales. (2008). *CG 26. Da mihi animas, caetera tolle*. Madrid: CCS.